

Vidyā

Febrero 2013



SUMARIO

Humildad para comprender

Renovación espiritual

La filosofía del Sufismo

Ser *ānanda*

Periódico trimestral: Año III, N° 9 - Febrero 2013
Expedición previa suscripción gratuita.
Dirección y Redacción: Āśram Vidyā España, Madrid.
Correo electrónico: vidya@asramvidya.es
© Vidyā. Roma

Publicación no comercial

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial en ningún tipo de medio físico o virtual sin previo consentimiento expreso por escrito por parte del editor.

HUMILDAD PARA COMPRENDER

«La Humildad es la característica del Intelecto y, para comprender, se necesita una gran humildad».

Ráphael

Separándose de “el todo”, el reflejo de la conciencia se individualiza; individualizándose, no está ya en posición de comprender; no comprendiendo, se condena a una triste soledad.

Por efecto de la separación, conocemos la inseguridad y el orgullo, connotaciones *egoicas* aparentemente opuestas entre sí.

La inseguridad acentúa la contraposición, endurece y genera desconfianza en el individuo, cargando su vida de tensión. Para salir de esta situación, el individuo deberá comprender que no es un “algo” distinto de la Vida, sino que es la Vida misma; que nadie lo ha excluido, sino que se ha excluido por sí mismo, encerrándose en su propia mente; que su inseguridad no tiene sentido porque nace de un dato ilusorio: la separación; y que debe abrirse y no permanecer estancado en su “fortaleza”.

Por desgracia, el orgullo impide a la conciencia realizar cualquier tipo de reconocimiento. Por el contrario,

consolida una modalidad de vida pesada y mísera porque nos priva de la comprensión.

Para comprender es indispensable el coraje de la humildad, que no es sino una virtud del alma, una característica del intelecto puro.

El orgullo pertenece a la mente-*manas* y ésta, a causa de su intransigente absolutismo, no puede comprender que a su vez se fundamenta en una invisible base: el miedo. Centrada en sí misma, exige la comprensión que no puede ofrecer. Siempre preparada para culpar y justificarse, indiferente al sufrimiento ajeno, incluso cuando ella misma ha sido la causa, la mente ha terminado, por tanto, petrificando el corazón, pero éste deberá retomar su función antes o después, que es, precisamente, la de comprender.

La comprensión «es la vía directa que porta al centro del Ser», pero es necesario «despojarse completamente de los contenidos subconscientes y de todas las cristalizaciones del inconsciente colectivo. Comprender comporta una atención profunda, una mente apacible e inmóvil, una intensidad perceptiva sin contraposiciones»¹; y para el reflejo de la conciencia esto implica un cambio radical que sólo una gran humildad puede aceptar realizar.

¹ Ráphael, *La Triple Vía del Fuego*, II, V 13-14. Āśram Vidyā España, Madrid.

RENOVACIÓN ESPIRITUAL¹

La definición etimológica de la palabra renovar nos remite a dos significados que se completan entre ellos: sustituir una cosa antigua por una nueva; repetir, hacer de nuevo un cosa.

La primera definición, para quien escribe, conlleva una connotación de vuelco de valores, pues un proceso de renovación es como un fuego que quema los viejos hábitos y permite la maduración y la comprensión de nuevas certezas en la propia consciencia. Tal comprensión focaliza esas mejores energías que, a través de la radiación de lo nuevo, permiten abandonar y mutar las viejas costumbres del pasado.

La segunda definición, por contra, se declina en la posibilidad de ver con ojos nuevos, renovados, lo que se ha construido, despojándolo de la inercia, del aburrimiento de las costumbres.

La renovación, de hecho, introduce en la cotidianeidad una energía de evolución y progreso, purifica nuestras energías de las escorias o de los detritos psíquicos, emotivos y mentales, puede eliminar los errores del pasado reinvirtiéndolos en el futuro y, en fin, transforma la inercia de la vida en gozo.

¹ Extraído del periódico οδοϋ. Roma, Octubre 2012.

Se puede realizar la renovación evitando arrastrarnos perezosamente en los viejos hábitos tanto de acción como de pensamiento, tratando de superar todo miedo, apego y dependencia, intentado evocar cada día una cualidad transpersonal y, en fin, procurando soltar toda cristalización y rigidez.

Es necesario que nos demos cuenta de que cada día es nuevo y que podemos liberarnos del pasado y de sus condicionamientos comenzando cada jornada como si hubiésemos nacido en ese momento. En términos psicológicos, tal posición se puede llamar *activación*, es decir, despertar energías latentes del inconsciente, todavía no impresionado¹ por ellas.

Ver con ojos nuevos nuestra situación vital nos permite evaluar con atención detalles que conviene renovar, rociándolos con nuevas energías y nueva vida, así como descubrir de qué otras cosas debemos desprendernos. En un examen atento del momento actual de vida, se llega a la conclusión de que el camino espiritual no puede ser recorrido “a tiempo parcial”—o en los retazos de tiempo que nos quedan en cada jornada— y que este camino es nuestro bien más precioso; nace entonces la exigencia o el imperativo de la Conciencia de que cada acción cotidiana sea consciente, sacralizada. Nos referimos a una conversión que emana de la profunda consciencia y de la comprensión de que lo que es perecedero no puede darnos serenidad, tan sólo una gratificación momentánea o una frustración.

¹ Cfr. Assagioli R., *Panorama del vivere psicologico*. Istituto Psicosintesi di Firenze, Lección XII, 1967.

A veces la renovación espiritual es el fruto del sufrimiento; en efecto, cuando miramos el sufrimiento cara a cara, nuevos significados irrumpen en nuestra espacialidad interior. Significados que transforman nuestra conciencia.

Aceptar el sufrimiento implica abandonarse completamente a la voluntad divina.

«Cuando el hombre acepta soportar el sufrimiento –gracias a la virtud de la que está dotado y que llamamos *tirikṣa* (paciencia)– sin intentar orientar a otro tipo de actividad ese potencial acumulado, puede darse cuenta de que la energía, que hasta ese momento fomentaba su tensión, se transfiere para alimentar su propia conciencia e iluminarla»¹.

De hecho, se dice también lo siguiente:

«(...) Ésta es la primera etapa de la *sādhāna*, el despertar del alma al significado de la ley (*dharma*). El ser toma conciencia de la posición que ocupa en el mundo y en Armonía se relaciona con el Todo»².

¹ Svāmi Siddheśvarananda S., *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*. Āśram Vidyā España, Madrid. Pág. 27.

² *Ibíd*, pág. 65

LA FILOSOFÍA DEL SUFISMO¹

Por el Dr. *K.M.P. Mohamed Cassim*

Muchos aceptan como inevitables los cambios que sobrevienen en el curso del progreso material, pero son reticentes a aceptar esos cambios que les atañen personalmente y que desbaratan su consolidado modo de vivir, su propio modo de pensar y las concepciones que tienen de las cosas. Pocos comprenden que la clave para vivir de modo óptimo reside en la capacidad para aceptar las situaciones mutables. El mundo físico está considerado como real, pero sólo los sentidos lo perciben como tal.

La finalidad del Sufismo es producir precisos cambios en la conciencia del hombre que nos hacen trascender las limitaciones de la existencia física. Sólo cuando nuestro estado de conciencia se eleva al estado en que se realiza la conciencia de nosotros mismos en tanto que unidad con la esencia de la realidad (*dhat*), sólo entonces podemos decir que hemos conseguido la Liberación. Según el Sufismo, nunca podremos percibir la Verdad (*haqq*) con una mente condicionada, jamás podremos conseguir la Liberación mientras nuestro ego (*nafs*) no sea disuelto; se puede llegar más allá de la mente condicionada sólo por medio del

¹ Extraído de *The divine life*, marzo 1976

autoconocimiento, o sea, con la plena consciencia y con el silencio de la mente que, al fin, disolverá todas las ilusiones.

Todo ser humano busca la felicidad de un modo u otro, y tal búsqueda continúa con la misma intensidad, si bien con cambios de dirección de tanto en tanto. El deseo nunca queda satisfecho porque el ego es la personificación del deseo mismo, un aglomerado de experiencias sensoriales bajo la forma de recuerdo placentero o desagradable. El modo de ver del hombre debe cambiar con la aceptación de los valores espirituales que guíen su comportamiento. Las experiencias sensoriales actúan sobre nuestros procesos mentales de un modo sutil, determinando respuestas atractivas y repulsivas. Aceptación y rechazo crean una especie de vórtice dualístico en el que nuestra vida queda presa. Las experiencias sensoriales se convierten en memoria cristalizada, la cual proyecta el pasado en el presente, condicionándolo con tantos prejuicios y con tantas ideas preconcebidas. El falso ego nos hace ver el presente a través de la pantalla del pasado y proyecta también el futuro bajo la forma de esperanza y miedo, las cuales, por su propia naturaleza, son ilusorias. Esta imposición por parte del recuerdo, junto con el sentido del yo, constituye la mente condicionante.

El punto central del Sufismo atañe al desapego. La mente es la única causa de la esclavitud y de la liberación del alma¹. A causa de su apego al mundo, nosotros nos encadenamos. Renunciad, por tanto, a todas las ideas de “yo”

¹ Cfr. Śaṅkara, *Vivekacūḍāmaṇi*, 172; cfr. Āśram Vidyā España, Madrid. También *Amṛtabindu Upaniṣad*, 2, en *Upaniṣads*. Traducción y comentario de Ráphael. Editorial Edaf, Madrid, 1993.

y de “mío” porque sólo así el corazón es purificado y, por tanto, liberado de la codicia, de la avidez y de la ilusión. El desapego ayuda al florecimiento de la devoción y la devoción ayuda a consolidar el desapego. Cuando el desapego y el desapasionamiento son practicados correctamente, se puede estar seguro de que el cumplimiento de los deberes del mundo sólo servirá de ayuda al progreso espiritual. Si alguno viste el sayo del monje y se retira al bosque, pero conserva en la propia mente el apego a los objetos, no encontrará en el bosque objetos mejores que los del mundo; allí creará un nuevo ambiente profano. Por el contrario, se puede vivir en el mundo, vestir el hábito de la gente común, desempeñar los usuales deberes de la vida y, pese a todo, permanecer desapegado de todo.

El gran valor práctico del Sufismo es que da significado a la vida y a la finalidad de la existencia física. El Sufismo sustituye la confusión por el conocimiento, la duda y la desesperación por la fe y la esperanza. Concede la calma mental a aquellos que lo practican realmente y hace posible la realización de la Realidad. El Sufismo ofrece al hombre no sólo una filosofía, sino un código de comportamiento, un modo de vivir que puede ser usado como base para construir la liberación espiritual. Cuando los principios cardinales llegan a ser comprendidos y asimilados del todo, cambian los aspectos de la vida y nos coloca en la posición de gozar la paz perfecta y de distinguir la Realidad respecto de la ilusión. Se trata de descubrir la Realidad en base a nuestra propia experiencia interior. Además, es sólo en el curso de la propia vida donde debe descubrirse la Divinidad, de otro modo no puede existir la realización.

El Sufismo pone de relieve que toda religión contribuye al propio progreso de la vida espiritual de la humanidad. Es verdaderamente importante que un buscador respete y admire el misticismo de las diversas religiones, aceptando sus diversidades expresivas de modo que pueda apreciar su fundamental armonía. Después de todo, la armonía no se basa en la identidad religiosa, sino en la cooperación y en la mutua comprensión. Si estamos condicionados por teorías y dogmas enredadores, no podemos percibir la Verdad, por lo que necesitamos eliminar los prejuicios, que alteran y ofuscan la propia visión, para poder aproximarnos a las múltiples problemáticas sin ninguna forma particular de condicionamiento. Debemos darnos cuenta de que nada obstaculiza tanto el sano crecimiento del hombre como el miedo y la duda, y de que, sin desapego, jamás podremos liberarnos del miedo. Siempre tenemos miedo de perder las cosas a las que estamos apegados; la raíz de todos los males es el apego. El Sufismo sostiene que sólo a través de la práctica del desprendimiento podemos retomar la verdadera consciencia de *fana* (ilusión o nulidad del ego) y sólo con el desapego podemos obtener lo mejor de la vida sin quedar esclavos ni degradarnos. Así pues, el Sufismo enseña a vivir en el mundo, lo que supone una ventaja para el progreso espiritual. Es absolutamente cierto que todos nuestros sufrimientos y dependencias tienen su raíz en el apego. El trabajo que hacemos por la sociedad no puede en realidad servir a los demás si no es altruista, desapegado.

El mundo externo refleja nuestro estado *conciencial*; por esto, permaneciendo esclavos de los contenidos psíquicos no podremos establecer una relación armoniosa. Además,

mientras no desarrollemos un alto grado de desapego mental, gracias a una disciplina rigurosa y a un esfuerzo constante, seremos obstáculos para la liberación del Sí-mismo respecto del cautiverio de la ilusión. Un pequeño error, cometido en un momento de debilidad, es suficiente para destruir lo que con diligencia y perseverancia se ha realizado espiritualmente. Es maravilloso observar cada cosa en su pureza; esto significa ver todo sin apego, sin identificación ni superposiciones. La autorrealización, es decir, el conocimiento de la Realidad, es comprenderse a uno mismo, comprender la profundidad espiritual del propio ser. Al hombre le basta únicamente con trascender su sofocante ego para descubrir su verdadera esencia. Aquellos que la han realizado no son tocados por las vicisitudes de la vida y son absolutamente libres de todo condicionamiento; viven en paz con ellos mismos y con el mundo que les rodea; se convierten en una fuente de gozo, de inspiración y de quietud.

En la medida en que el intelecto humano se desarrolla, los poderes de comprensión aumentan, y a este respecto el estudio del Sufismo es de gran ayuda. El primer movimiento del hombre hacia la realización de la Conciencia suprema es poner en orden su vida material y buscar la Verdad. Tal búsqueda no es sino un viaje al interior de uno mismo y debemos, finalmente, comprender que, si queremos realizar la calma interior, son necesarias la vigilancia y la atención para no dispersar la energía mental en conflictos y tensiones. En otras palabras, mientras observamos las diversas reacciones psicológicas, no debemos identificarnos con ellas. Un verdadero buscador o *murid* no es uno que conoce todo, sino aquel que ha comprendido que el conocimiento es útil si

consigue hacernos vivir serena y felizmente en la vida cotidiana. El hombre busca la felicidad en el mundo externo, mientras que la Divinidad está dentro de él, por lo que debe experimentarla interiormente. No podremos encontrar la Realidad pensándola.

La filosofía del Sufismo exalta la meditación (*muraqabah*) como medio para la Autorrealización. El estado de beatitud de la meditación puede ser experimentado sólo cuando el completo proceso de pensamiento ha sido detenido, trascendido; sólo entonces nos es posible entrar en contacto con aquello que da la perfección espiritual. En *fana* la mente es del todo consciente y completamente pasiva; ve las cosas como son, sin aceptar o rechazar, lo que significa que nuestras funciones mentales de justificación y condena dejan de existir en este estado y nuestra mente permanece alerta, extraordinariamente activa y sin embargo vacía. En *fana*, la mente es despojada de todo, incluso del falso ego y, una vez libre, entra en comunión con la Realidad absoluta. En *fana* procedemos eliminando imagen tras imagen, hasta que alcanzamos el punto a partir del cual no hay donde “ir”. Los Sufís han revelado la esencia de la vida como Verdad, y la Verdad permanece constante. Sólo la percepción de la Verdad varía según la capacidad de comprensión de cada uno. Debemos darnos cuenta de que la Verdad es una sola y que, cuando la conocemos, nos hace libres.

SER ĀNANDA¹

«Ahora bien, ¿aspiras a una felicidad perecedera, discontinua, que llega a ti y más tarde desaparece, o bien anhelas *ser* la beatitud constante?»².

A menudo podemos ver que, por falta de auto-observación, no sabemos siquiera cuáles son las motivaciones que se hallan en la base de nuestras instancias, comportamientos, deseos o creencias. Procedemos a tientas, más que a tentativas, corriendo de acá para allá, probando las cosas más disparatadas, esperando testarudamente el enésimo espejismo que aparezca en el horizonte. Como vagabundos en el desierto, buscamos el agua que nos apague la sed, pero, al final, acabamos siempre con la arena en la boca. Esto es todo lo que podemos obtener moviéndonos en el plano horizontal de la existencia.

De hecho, una vez desvanecido el efecto ilusorio de la gratificación, nos reencontramos nuevamente en el punto de partida, cuando no, incluso, en una situación peor, con la sensación de estar siempre perdidos entre los pliegues de un laberinto sin fin.

¹ Extraído del periódico οδος, Octubre 2012.

² Ráphael, *Tat Tvam Asi, Eso eres tú*. Capítulo, *La Vida sensorial es conflicto*. Asociación Āśram Vidya España, Madrid, página 20.

De todo esto parece que la única cosa que podemos decir que conocemos es la distancia que nos separa de aquello que está detrás de toda ilusión.

Hemos olvidado nuestra naturaleza real, el Ser, y esto nos lleva a la identificación con las construcciones artificiales que llamamos “yo”. Este error es el único obstáculo que existe entre nosotros y la realización de nuestra verdadera identidad. El siguiente *sūtra* nos recuerda de modo espléndido cuál es esa identidad:

«Aquél, cuyas gotas de beatitud todo lo alcanzan [incluso] el gozo íntimo mismo, a través de cuya luz todo resplandece y en cuya consciencia la totalidad toma forma, Eso soy Yo mismo: el supremo *Brahman* eterno»¹.

Por tanto, podemos ver cómo nuestra Naturaleza real es *sat-cit-ānanda*, o sea, Ser-Verdad (*sat*), Conciencia-Consciencia (*cit*) y Gozo-Beatitud (*ānanda*). En cierto sentido, podemos decir que éstos son nuestros verdaderos “nombres”. Somos Ser-Consciencia-Beatitud en un todo inescindible.

Detengámonos en particular en el aspecto *ānanda*:

«La *ānanda* es Felicidad o Beatitud espontánea, natural, inocente, no buscada; en ella no existe el yo que quiere, que se apropia de algo, que se exalta. En la felicidad sensorial hay búsqueda de placer, hay programación, hay esperanza, hay exaltación emotiva, hay recuerdo.

»En la *ānanda* no hay dualidad, ni conflicto emotivo; no hay memoria; no hay adquisición. La *ānanda* no es gra-

¹ Śaṅkara, *Daśaślokiṣṭuti (Inno di lode in dieci versi)*, 6, en: *Opere Minori*, Vol. III, Edizioni Asram Vidya, Roma, 1994.

tificación del contenido sensorial, por lo tanto, no es alivio de tensión.

»En el placer, el yo se exalta, en la *ānanda*, el yo desaparece.

»La *ānanda* puede brotar de la simple contemplación de un terrón, de un chubasco, de un prado de amapolas, de un rostro humano, de un reflejo plateado de luna; si en esa contemplación hay una búsqueda de algo, un deseo de obtener o posesionarse, entonces el encanto de la *ānanda* desaparece y surge el placer. Esto es autosatisfacción, es el efecto de la insatisfacción, de la frustración; el individuo está en conflicto y trata de solucionarlo buscando el placer; el placer es entonces una fugaz ilusión para calmar la insatisfacción»¹.

Es la nostalgia de *ānanda*-Amor lo que nos empuja a la búsqueda sin fin entre los miles de reflejos del mundo. Esa Beatitud es la meta de nuestro vagar. Es el sabor perdido lo que buscamos en cada placer fugaz, así como en toda belleza. Pero no se puede “obtener”: existe ya en nosotros, desde siempre y para siempre; mejor dicho, no es que exista “en nosotros”: es *nosotros mismos*.

De hecho, como dice el Maestro:

«O el alma tiene la Beatitud en sí misma o no podrá lograrla nunca. No se puede obtener lo que no se tiene»².

Pero, entonces, ¿qué es esta distancia, esta separación que percibimos entre nuestra condición de individuos y aquel océano de Beatitud infinita?

¹ Ráphael, *En las Fuentes de la Vida*, Editorial Obelisco, Madrid, 1993. Capítulo “Inmortalidad y Beatitud”, página 84.

² *Ibíd.* Página 83.

Escuchemos. La vibración pura de aquel estado de Silencio es constantemente perturbada por ese rumor de fondo fomentado por el yo, que, por su naturaleza miserable y sufriente, busca apropiarse de aquel gozo. Esto es lo que se advierte de la tentativa de la mente de traducir en pensamientos aquel gozo sin objeto para poder gozar, “sofisticándola” y, por tanto, velándola en una forma, para después perderla; o en la tentativa del cuerpo que busca reflejarla en el placer sensible, en el movimiento, en la expresión emotiva, existiendo siempre la necesidad, sin embargo, de algún soporte externo, ya sea un objeto sensible o una divinidad hacia la cual sentir gratitud.

De este modo, para una individualidad intranquila e identificada con los propios vehículos, lo que es no-real interrumpe continuamente el estado perennemente existente de simple Gozo –el cual puede únicamente manifestarse cuando, por contra, todo calla– pudiendo dicha individualidad experimentarlo indirectamente a través de sus reflejos.

¿Pero cómo podemos darnos por satisfechos con esto, siendo como somos la fuente misma de aquel gozo?

De hecho, no es así para quien medita profundamente sobre sí mismo.

«Para aquel que ha realizado su propia naturaleza y la esencia de la beatitud del *ātman*, no existe nada más exaltante que esta quietud silenciosa que sobrevive a la extinción de las *vāsanā*»¹.

Además, nos ha sido dicho que:

¹ Śaṅkara, *Vivekacūḍāmaṇi*, 527. Āśram Vidyā España. Madrid.

«La percepción de los datos irreales no conduce ni a la extinción de los deseos ni al de los sufrimientos. Tras haber realizado la esencia de la beatitud no-dual, [él] mora feliz en la identidad con el verdadero *ātman*»¹.

Todo deseo es nostalgia de lo que somos y, si lo observamos con atención y desprendimiento, puede servirnos para recordar la *ānanda*, cuya realización es la verdadera finalidad de todo ser.

¹ *Ibíd*, 523.

LECTURAS RECOMENDADAS

Vivekacūḍāmaṇi - La joya suprema del discernimiento. Śaṅkara. Traducción del sánscrito y comentario de Ráphael.

305 páginas. Āśram Vidyā España, marzo 2013.

¿Qué entendemos por realidad? ¿Con qué instrumentos o medios podemos conocerla? ¿A qué resultados lleva el conocimiento de la realidad?

El individuo occidental interpreta la realidad en base a las formas-imágenes que su mente crea tras representaciones sensoriales muy limitadas. Solemos especular sobre nuestra particular imagen-universo en lugar de sobre la realidad en sí. El mundo que nos rodea es siempre un mundo relacionado con nuestra interpretación mental: basta con cambiar nuestra focalización y su dimensión para que nuestro mundo adquiriera una interpretación y una realidad diferentes. Cuando un dato objetivo cualquiera cae bajo nuestra percepción sensorial-mental es relacionado y modificado por nuestra propia percepción y lo proyectamos como si fuera un dato real y absoluto.

En Oriente, aunque también en el Occidente clásico, sobre todo en la Grecia antigua (Pitágoras, Parménides, Platón, Plotino, los Neopitagóricos y los Neoplatónicos),

siguiendo una línea estrictamente tradicional, es Real aquello que no sufre cambios, diversificación, movimiento o proceso, por lo que se puede definir la realidad en su acepción más profunda: Absoluto. Aquello que no es absoluto-real no es sino un fenómeno-apariencia.

Hablar de Absoluto equivale a hablar de metafísica y el *Vedānta Advaita*, del cual el *Vivekacūḍāmaṇi* recoge sus principios, es metafísica pura, porque su temática fundamental es, precisamente, esta búsqueda del Absoluto en tanto que real puro: «Existe una Realidad, una entidad absoluta, que es el eterno sustrato de la conciencia diferenciada, testigo de los tres estados y distinta de las cinco envolturas».

En esta obra, Śāṅkara desarrolla no solamente una metafísica teórico-intuitiva, sino que también concretiza un camino-sendero que puede ser realizado y vivido; de hecho, en el curso del diálogo, Él trata de los medios o instrumentos necesarios para penetrar en el mundo de las causas y para romper las cadenas de las falsas superposiciones producidas por la ignorancia-*avidyā*. Entre ellos, reviste particular importancia *viveka*, discriminación o discernimiento entre lo real y lo no-real, que otorga el título a la propia obra: “La joya suprema del discernimiento”. Una “joya” que ilumina nuestra conciencia con su propia luz y su propia pureza para que pueda vivir la dicha que nace del reconocimiento de nuestra eternidad, perfección y plenitud.

Ráphael, en su traducción del sánscrito, devuelve a algunos términos el significado más pertinente a la Tradición *Advaita*, dentro de la cual el *Vivekacūḍāmaṇi* se encuentra (véase, por ejemplo, el capítulo dedicado a la

māyā-apariencia), y sus comentarios resultan perfectamente adecuados a la importancia de la visión *Advaita*, esclareciendo y desarrollando los puntos esenciales para el lector occidental.

COLECCIÓN ĀŚRAM VIDYĀ ESPAÑA

- 1) *Más allá de la duda*, de Ráphael
- 2) *Yogadarśana**, de Patañjali.
- 3) *¿Qué Democracia? Referencias para un buen gobierno*, de Ráphael
- 4) *Tat Tvam Asi – Tú eres Eso*, de Ráphael
- 5) *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael
- 6) *Esencia y Finalidad del Yoga. Las vías iniciáticas a la trascendencia*, de Ráphael
- 7) *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*, de Svāmi Siddheśvarānanda.
- 8) *Fuego de Ascesis*, de Ráphael
- 9) *Más allá de la ilusión del yo. Síntesis de un proceso realizador*, de Ráphael.
- 10) *Fuego de despertar. Unidad en el Cambio*, de Ráphael.
- 11) *Bhagavadgītā. El Canto del Beato**.
- 12) *Vivekacūḍāmaṇi**, de Śāṅkara.

* Traducidos del sánscrito y comentados por Ráphael

Próximos títulos:

Fuego de Filósofos, de Ráphael.

El Sendero de la No-dualidad, de Ráphael.

Vidyā es un periódico cuyos artículos se relacionan con la *Philosophia perennis* o Metafísica tradicional y cuyo propósito es esencialmente *realizativo*.

La palabra sánscrita *vidyā* significa conocimiento, sabiduría, ciencia, y deriva de la raíz *vid* (de ahí *Veda*) que significa ver-saber. *Vidyā* está también asociada a la palabra *satya*, de la raíz *sat*: “ser”; por tanto, “conocer es ser”; esto representa el principio mismo de la Metafísica tradicional que es exclusivamente “Conocimiento de Identidad”.

Así, *sophía*, *gnosis*, en su acepción tradicional, significan Conocimiento-sabiduría y ésta es catártica, lleva a la *metánoia*, a una transformación profunda de la conciencia, es decir, a una modificación en el pensar, sentir y vivir. Bajo esta perspectiva, es necesario poner mucha atención porque hay una clara distinción entre Conocimiento y erudición.

Si *vidyā-gnosis-sophía* es puro conocimiento, entonces existe un sólo Conocimiento, una sola Filosofía, una sola Metafísica, así como un solo Arte y una sola Literatura.

Los libros editados por Āśram Vidyā España (véase página anterior) pueden encontrarse en las librerías. No obstante, si, por cualquier causa, esto no fuera posible, pueden ser solicitados a:

E-mail: vidya@asramvidya.es